

EL RINCÓN DE VÍKTOR

Sábado, 07 de Agosto de 2010

Hiroshima, 65 años después.

El ser humano, a lo largo de la Historia, ha creado con sus propias manos, con sus propias ideas, con su ciencia, con su técnica, pero sobre todo, con su maldad, formas muy variadas de destrucción. Son pequeñas gotas de Apocalipsis que, de cuando en cuando, riega por las diferentes regiones que habita. Homo Sapiens, conforme a su avanzada idea de civilización e inteligencia, puede llegar a destruirse, a inmolarsse en un final seguro y definitivo. Aún no se han encontrado evidencias de la existencia de una especie de vida que tenga como fin último y decisivo su propia extinción. Las especies que se han extinguido lo han hecho siempre contra su voluntad. En la evolución, la voluntad siempre ha sido la de supervivencia, la de permanecer en el mundo. Las extinciones de especies han sido un precio que la evolución ha cobrado a la naturaleza, pero ninguna especie tiene como destino su propia extinción. Al menos a priori. Porque Homo Sapiens, si se lo propone, puede conseguir la suya propia. Y no solo eso, la suya propia y la de todo ser vivo que habite el planeta.

Algo tan básico y que supuso un avance científico de primer orden como fue el hecho de que Einstein descubriera la teoría de la relatividad, se transformó en la receta necesaria y primordial del fin de los tiempos. Einstein, conforme a sus ideas pacifistas, nunca pensó en la aplicación de la teoría de la relatividad para fines militares. Sobre todo, porque era consciente del peligro que eso podría llegar a suponer. Y sin embargo, algunos de sus pupilos, que conocían perfectamente todo el desarrollo de la famosa ecuación, se pusieron al servicio del gobierno alemán para crear el mayor monstruo que nunca jamás conocieron los tiempos. Y no me atrevo a escribir que fue el mayor monstruo que nunca jamás conocerán los tiempos porque el ser humano siempre termina superándose a sí mismo. Si es capaz de convertir los relatos míticos en historias reales, es capaz de cualquier cosa.

En 1943, la guerra tomó un rumbo que acalló las ansias de Hitler por dominar el mundo. Los alemanes fueron duramente derrotados en Stalingrado en febrero. Ahora Europa ya podía pensar en un posible futuro sin la hebilla de la esvástica. Los ingenieros militares alemanes ya estaban desarrollando multitud de nuevas armas que, si bien no iban a impedir la derrota final del Tercer Reich, sí podían prolongar su agonía y contribuir a que la victoria de los aliados fuera un triunfo amargo. Uno de esos proyectos era un prototipo de bomba que no fuera para nada convencional. Los ingenieros tenían en Alemania todo lo necesario para desarrollarla: el uranio, el agua pesada, y todo el explosivo que fuera necesario como detonador. La base se estableció en un lugar recóndito de Noruega, que estaba ocupada por los nazis desde 1940. Se produjeron dos operaciones de alto secreto que, seguramente, hayan sido claves para entender el final de la guerra y el mundo que nació después. Los norteamericanos lograron secuestrar a parte del equipo que estaba desarrollando la potente arma. En otra operación, la segunda, lograron sabotear todo el proceso contaminando el uranio o robando buena cantidad de él, impidiendo que hubiera la cantidad necesaria para siquiera poder fabricar la bomba de prueba. Hitler se dedicó entonces a probar las bombas V-1 y V-2 que tanto daño hicieron en Inglaterra.

El equipo que Estados Unidos situó en Los Álamos (Nuevo México) para desarrollar el mismo programa nazi estaba encabezado por Robert Oppenheimer. La clave de toda la operación fue él. Recogió parte del trabajo realizado en Noruega por los nazis y logró desarrollar la fórmula final. Se hicieron decenas de pruebas en el desierto de Nuevo México con cobayas como orangutanes. Se rumorea que hubo pueblos que o bien no aparecían en el mapa o bien no dio tiempo a evacuar y acabaron masacrados. La bomba de uranio literalmente disolvía el desierto. Convertía sus arenas en cristales. Incluso, con posterioridad, se demostró que las radiaciones también habían llegado al propio equipo que desarrolló la bomba, y el propio Oppenheimer murió de cáncer. No se sabía que las consecuencias de aquéllas explosiones iban más allá de las visibles. Eran aún más terroríficas las que no eran visibles, las que llegaban pasados unos días, semanas o meses. Nunca se había probado. Eso es cierto. Pero cosas así, quizás es mejor no probarlas.

Todo el proyecto se llevó en secreto. Era el *proyecto Manhattan*. Se rumoreaba que los almacenes de plutonio y de uranio estaban en los sótanos de Nueva York. Todo el mundo en Estados Unidos conocía algo sobre el tema. Lo que sucede es que a nivel oficial solo era un rumor. Poca gente conocía que aquello era muy real. Además, ya había espías rusos, incluso en las instalaciones secretas de Alamogordo y Stalin sabía todo el asunto, aunque no le dio mucha importancia. Klaus Fuchs era el topo que la URSS tenía allí. Todo esto sucedía a lo largo de 1945. Abril resultó ser un mes decisivo, no tanto por las batallas como por el cambio de los actores principales. El presidente de EEUU Roosevelt murió tras una larga enfermedad y le sustituyó Truman, un ferviente anticomunista. En abril, a finales, Hitler se suicidó en su búnker de Berlín y el almirante Doenitz lideró lo poco que quedaba de la Alemania nazi sin ocupar. Truman no tenía conocimiento del asunto de la bomba, pero conforme pasaron los días, no tuvo más remedio que leer los informes sobre lo que se estaba haciendo en Nuevo México.

La guerra fría comenzó en el mismo día en que fallece Hitler. Rusos y norteamericanos pelean por ver quién es el primero en llegar a la codiciada Berlín. Parece que los rusos ganan por unos minutos, pero no tienen tiempo de ocupar toda la ciudad porque por los arrabales ya se oyen las tropas de Estados Unidos. Es el inicio de la división de Alemania y del mundo en dos bloques, aunque todavía no se oficializaría. La guerra en Europa contra los fascistas había acabado. Ahora empezaba otra, quizás más importante. En julio comenzó la conferencia de Potsdam. Allí, Stalin, Truman y Atlee (que había vencido en las elecciones a Churchill y no conocía los dimes y diretes entre las dos grandes superpotencias) finiquitaron el conflicto. El ambiente era diferente a lo que había sido en tiempos de Roosevelt y Churchill. Ambos conocían al viejo Stalin y sabían que tenían que tratarlo como un zar, con una mirada de fingida admiración para conseguir que los esfuerzos soviéticos se unieran a los occidentales. Ahora ya no era necesario, pero además, Truman era un declarado

anticomunista. La guerra contra Japón aún no había finalizado y se rumoreaba que la URSS le iba a declarar la guerra a Japón e iba a penetrar por las islas del norte. La situación allí corría el riesgo de tomar un camino similar al alemán. La URSS no había declarado la guerra a Japón en ningún momento, y Roosevelt pidió a Stalin que no lo hiciera hasta el final. Pero ahora, Estados Unidos quería adueñarse de la victoria. Una victoria que en justicia le correspondía a él porque toda la guerra contra Japón había sido una guerra entre los nipones y los americanos. La decisión de lanzar la bomba atómica de uranio contra Hiroshima se decidió al final de la cumbre. Los motivos aun no han sido del todo aclarados, y a mí, no me parecen del todo convincentes. Oficialmente se hizo para evitar que Japón se rearmara y pudiera prolongar la guerra con más bajas americanas y niponas. Pero en realidad, todo parece indicar que ése fue el primer acto de fuerza de Estados Unidos en la Guerra Fría. Me explico. Era inminente la declaración de guerra de la URSS al Japón. Los americanos no querían que eso sucediera, y querían dar un golpe demoledor al Japón. Pero además, querían probar en situación de guerra el nuevo armamento. Y así, y de paso, persuadir a Stalin. Era una advertencia: “tengan ustedes cuidado con hacernos una jugarreta porque una guerra contra nosotros solo se puede perder” – debió ser más o menos la idea de la decisión. El objetivo real, por lo tanto no era Japón, sino mover la primera ficha en el enorme tablero de ajedrez que será la guerra fría. Además, se presumía una partida con muchos jaques pero con ningún mate.

Hiroshima hizo sonar las alarmas antiaéreas a las 7 de la mañana del 6 de agosto de 1945. Era un avión meteorológico de Estados Unidos, y la gente no se refugió. Media hora más tarde finalizó la alarma. A las 8, los radares japoneses detectaron tres aviones que interpretaron como aviones de reconocimiento. Hiroshima apenas tenía ya defensas antiaéreas y los únicos aparatos, aviones que quedaban del ejército estaban defendiendo la capital, Tokio. A las 8:15 el B-29 superfortaleza *Enola Gay*, capitaneado por Paul Tibbets, lanzó el llamado *little boy*. Era una bomba de uranio que cayó sobre el Hospital Shekai, 158 metros al sur del objetivo fijado inicialmente. Hiroshima tenía depósitos de armamento, pero en ese momento no eran esenciales puesto que estaban desabastecidos. Era por lo tanto, un objetivo al azar. Le tocó a Hiroshima como le pudo tocar a otra ciudad. En un primer momento los muertos ascendieron a 71 379 y los heridos a 69 000. En el epicentro, unos 13 km² quedaron simplemente vaporizados. Hay enormes listas de personas cuyos restos fueron enterrados en un cementerio ceremonial común porque solo quedaron sus cenizas. Literalmente a los supervivientes se les deslizaba la piel por la cara, los ojos por el rostro y el pelo se cuarteaba como si fuera de vidrio. Las manchas que aparecieron en la piel evolucionaron con los meses en enormes eccemas y supuraciones cancerosas. En un año, la cifra de muertos totales ascendió a unos 120 000. Hoy se deduce que en total murieron directa o indirectamente unos 180 000 habitantes. Hay que decir que su población inicial era de 455 000. Se destruyeron unas 68 000 viviendas. Hay que reseñar que la bomba no explotó al chocar contra el suelo (las atómicas fueron las primeras que tenían un detonador unido a un temporizador, aunque en este caso se activó manualmente, ese fue el motivo de que al caer cuatro de ellas sobre Palomares, en Almería, ninguna de ellas estallara al chocar contra el suelo... y éstas eran de plutonio y cada una era hasta cinco veces más potente que Little Boy). Estalló cuando estaba a 560 metros del suelo. En primer lugar hubo una ola de calor elevándose la temperatura del centro de la ciudad a unos 3000 °C, lo que fundió tejas, carbonizó teléfonos, volatilizó personas y cristalizó el suelo. Después se sucedió una bola de fuego que causó un viento de hasta 800 km/h. Solo aguantaron los edificios de hormigón y de piedra. Después hubo una lluvia de bolitas negras, resultado de la volatilización y condensación rápida de los elementos volatilizados. Posteriormente surgió un viento huracanado de hasta 1500 km/h levantando grandes olas ahogando a mucha gente que se había lanzado a los ríos para consolar el calor. Finalmente se produjo un enorme hongo atómico que alcanzó los 6.5 kms de altura. El hongo contaminó radiactivamente los alimentos, los animales, las personas y las aguas. Los propios norteamericanos eran inconscientes del verdadero efecto que iban a causar sus experimentos en Hiroshima.

Ese día se abrió la veda nuclear, y dio comienzo una nueva era en la que cualquier potencia que tuviera capacidad para fabricar armas nucleares podía jugar con la idea de destruir al enemigo aunque para ello también se destruyera a él mismo. El pulso nuclear se mantuvo durante toda la guerra fría, hasta 1990. Hubo tres momentos muy críticos durante la guerra fría. La crisis de Berlín de 1948, en que EEUU amenazó a la URSS con usar la bomba si no rompía el bloqueo a la ciudad. El segundo, y quizás el más grave fue el de la Crisis de los misiles cubanos de 1962, ya que la instalación de misiles de gran alcance en Cuba con objetivos como Washington o Nueva York motivó un ultimátum de EEUU a la isla, y por ende, a la URSS, que ya disponía de armamento nuclear, cosa que no tenía en 1948. El tercero llegó en 1984 cuando EEUU y su presidente Reagan puso en marcha el sistema de paraguas nuclear que equivalía a inmunizarse de posibles ataques soviéticos, incluso nucleares. La URSS amenazó con una guerra a gran escala, guerra que no estaba en condiciones de disputar. Actualmente, son más de una decena los países que guardan arsenales nucleares. La herencia del mundo bipolar ha traído como una de sus consecuencias la existencia de regímenes como Corea del Norte, con capacidad y material nuclear dispuesto para ser utilizado. Además, los roces entre Rusia y EEUU aún están lejos de acabar, hay potencias como Pakistán y la India que tienen capacidad nuclear y que mantienen una guerra enquistada en Cachemira, y sobre todo, existe la posibilidad de que el terrorismo islamista pueda usar armas nucleares en algún momento puesto que hay mercado negro de plutonio y de uranio a nivel internacional, por no hablar de la amenaza que supone un régimen como Irán, que puede extender una nueva revolución islámica a base de armas atómicas.

El ejemplo del que se cumplen hoy 65 años nos debe persuadir, igual que lo ha venido haciendo durante todo este tiempo, para evitar que vuelvan a producirse hechos como los de Hiroshima y Nagasaki de 1945. Es un deber de todos. Somos una especie con vocación de supervivencia. Es algo que no tendría que ser necesario recordar. Pero nunca está demás recordarlo.